



Hace algunos años, aprovechando una estada de varios meses en España, me plugo dedicar mis horas de ocio madrileño -que eran bastantes- a la tarea de coleccionar textos clandestinos, especialmente poéticos, escritos contra Franco y su sistema, que, desde hace ya casi un tercio de siglo, domeña, degrada y, a veces, ensangrienta el solar de los españoles.

Supuse que en un país como aquél,

cuya historia literaria muestra desde su comienzo la cara torva de la imprección y el denuesto, no podía dejar de existir -aunque oculta y anónima- una musa del oprobio y el sarcasmo, que, por tradición, generase una literatura inspirada en el "animus injuriandi" y en la burla resentida, adaptada a las circunstancias de la situación actual.

Pensé que esta vertiente literaria tan española, que en el Arcipreste de Hita, por ejemplo, se hace jocunda cuando imita a Ovidio; o demoledora, cuando cuenta las inmoralidades del Deán de Talavera y su corte; o blasfematoria y burlesca, cuando parodia la liturgia de una procesión de "clérigos e legos e flayres e monjas", no podía faltar en la España de Franco, tan rica en motivos y temas de esperpento, convertida como está en una finca privada propiedad de una oligarquía cerril e insaciable, de un ejército gorila de ocupación, y de una iglesia triunfalista de obispos funcionarios, con sus comitivas variopintas de carlistas, falangistas, jonsistas, opudeístas, juanistas, juancarlistas, alfereces provisionales y de más realeza, todos ellos carcas comunes, con distintos collares reaccionarios.

Pensé que no podía faltar una versión actualizada del "Rimado de Palacio", en la que un nuevo López de Ayala desconocido, fustigase a la sociedad de su tiempo; o una glosa del "Cancionero

de burlas provocantes a risa", o de las coplas de la "Panadera", del "Provincial" y de "Mingo Revulgo", por no referirme más que a las que los eruditos citan como las de mayor renombre en sus pesados textos.

Y en efecto, de buenas a primeras, al poco de comenzar la búsqueda, me topé con este rico filón de veta antigua, en el que los poetas, al modo y talante de los juglares de escarnio y maldecir medievales, desesperados de vivir sometidos a una permanente minoría de edad —que ya dura treinta y tantos años— dan rienda suelta a la iracundia hispánica y componen sus versos insultantes, irrespetuosos, desesperados, incluso escatológicos, con los que parecen querer decirnos —como una vez me lo dijo a mí, uno de estos autores anónimos— que "todo se ha perdido, menos el humor negro y el odio".

Esta muestra que hoy damos a la publicidad, es una pequeña selección del abundante material que he recopilado y que, en fecha no muy lejana, saldrá —Deo volente— en un libro, con notas, explicaciones y prólogo del abajo firmante.

Stow Kiwotto Lumen